

## "Paco Yunque" y "El vencedor"

# La escuela, lugar de protesta

Jorge Eslava

### "Paco Yunque"

Este cuento fue publicado por primera vez en el primer número de la revista *Apuntes del Hombre* (Lima, julio de 1951), al parecer dos décadas después de su composición.<sup>1</sup> Fue escrito para la editorial española Cenit, que desestimó publicarlo argumentando que se trataba de un cuento "demasiado triste" para ser dirigido a un público infantil. No obstante, nuestras antologías para niños lo han considerado con frecuencia en sus índices, a pesar de que sigue siendo un tema polémico entre maestros, rechazado o defendido fervientemente por su ostensible sesgo político. Por otro lado, ha merecido insuficiente aprecio de la crítica literaria, reduciendo a menudo su valor artístico al aspecto ideológico. Inobjetablemente el carácter del cuento está impregnado de un temple subversivo, por la reciedumbre con que retrata la estructura de poder social a través de una experiencia escolar.

La historia de Paco Yunque es la de un niño de campo, desarraigado de su aldea para vivir con su madre en la ciudad y servir en casa del señor Dorian Grieve, un inglés poderoso, gerente de los ferrocarriles de la Peruvian Corporation, alcalde del pueblo y padre del niño Humberto. Paco deberá ser "el muchacho" de Humberto, compañía sumisa en los juegos y la escuela. El cuento se inicia precisamente con la llegada de Paco Yunque al



colegio, acompañado solo de su madre. En medio del desequilibrio emocional del protagonista —provocado por el impacto de las correrías y el griterío de los muchachos, la solemnidad del aula y del profesor—, se le asigna como compañero de carpeta a un niño de su misma edad llamado Paco Fariña.

Con retraso llegará Humberto Grieve, quien no acepta la tibia amonestación del profesor y se empeña en adueñarse de Paco Yunque. Rechazado por Paco Fariña y el resto de compañeros, Humberto Grieve espera la salida al recreo para vengarse. Con violencia rompe la resistencia involuntaria de Paco Yunque y arranca, luego, la hoja de su ejercicio. De regreso al aula, Humberto Grieve presenta al profesor el trabajo de Paco Yunque como propio y obtiene la mejor nota del salón. Es inscrito en el Cuadro de Honor del colegio, mereciendo la felicitación del profesor y del director, ganando consecuentemente la ad-

1 Según versiones de Georgette de Vallejo ("Apuntes biográficos sobre César Vallejo". Vallejo. César [1974]. *Obra poética completa*. Lima: Mosca Azul Editores, p. 380) y de André Coyné (Coyné, André [1968]. *César Vallejo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, pp. 283-284).

miración del grupo que ignora el hurto. Paco Yunque queda, una vez más, humillado y sin más amparo que la solidaridad de Paco Fariña.

La narración es presentada en tercera persona omnisciente y con un evidente afán de explicar didácticamente cada circunstancia. Veamos unos ejemplos donde el uso de conjunciones causales despeja las posibles interrogantes: "Paco estaba con miedo, porque era la primera vez que venía a un colegio y porque nunca había visto tantos niños juntos"; "Paco estaba también atolondrado porque en el campo nunca oyó nunca sonar tantas voces"; "Paco... luego obedeció, porque vio que todos hacían lo mismo"; "Ahora le va a pegar, porque le estaba enseñando los puñetes"; "¿Por qué Paco Yunque le tenía tanto miedo a Humberto Grieve? Porque este Humberto Grieve solía pegarle a Paco Yunque"; "Porque todos le tenían miedo. Porque el señor Grieve hablaba muy serio y estaba mandando siempre".

La visión del narrador es ambiciosa, no solo en su afán de registrar cada suceso sino además de pulsar la interioridad de algunos personajes y ofrecer respuestas explícitas. Unas líneas ilustrativas para demostrar la disposición pedagógica del narrador, así como su penetración en la conciencia evocativa y reflexiva de Paco Yunque, son aquellas en las que aparecen los personajes principales dentro de una estructura de dominación y dependencia:

Paco Yunque estaba pensando en su mamá.  
Después se acordó de la patrona y del niño

Humberto. ¿Le pegaría al volver a la casa? Yunque miraba a los otros niños y éstos no le pegaban a Yunque ni a Fariña, ni a nadie. Tampoco lo querían agarrar a Yunque en las otras carpetas como quiso hacerlo el niño Humberto. ¿Por qué el niño Humberto era así con él? Yunque se lo diría ahora a su mamá y si el niño Humberto le pegaba, se lo diría al profesor. Pero el profesor no le hacía nada al niño Humberto.

El orden patente de desigualdad se acentúa en las prerrogativas que se atribuye Humberto Grieve, falseando y maltratando a todos, en virtud del poder económico y político de su padre. De tal modo que el gran protagonista del cuento resultaría ser Dorian Grieve, cuya presencia subrepticia es altamente perturbadora: vigoroso fantasma que subyace en el temperamento del cuento. Dice Paco Fariña: "Grieve ha llegado tarde y no lo castigan. Porque su papá tiene plata. Todos los días llega tarde"; replica Humberto Grieve: "¡Claro! Porque mi papá tiene mucha plata. Y me ha dicho que va hacer llevar a mi casa todos los peces del mar. Para mí".

En torno a esta figura hegemónica, los demás personajes componen un esquema social inequívoco: un orden en conflicto entre opresores y subordinados. De ahí que la prepotencia y el miedo sean las vibraciones emocionales más ostensibles del relato. Cada uno de los personajes principales cobra carnalidad e interioridad en el retrato que construye el narrador, mientras el grupo de alumnos aparece más bien bajo un registro conductista, actuando como una comparsa que reacciona frente a las situaciones crecientes, enfatizan-

do la tensión de la historia. Se advierte al principio el apoyo que prestan los compañeros a las causas defendidas por Fariña, a la manera de un coro que pone en tela de juicio la autoridad del profesor y rechaza abiertamente las actitudes de Grieve; sin embargo, hacia el final se produce un desplazamiento en el ánimo colectivo. Inscrito el nombre de Humberto Grieve en el Cuadro de Honor del colegio, el grupo se rinde ante lo que parece una evidencia incontrastable y deja más solos que nunca a Paco Yunque y a Paco Fariña:

Todos los alumnos estaban pensativos y miraban a Humberto Grieve con admiración. ¡Qué rico Grieve! ¡Qué buen ejercicio había escrito! ¡Ese sí que era bueno! ¡Era el mejor alumno de todos! ¡Llegando tarde y todo! ¡Y pegándoles a todos! ¡Pero ya lo estaban viendo! ¡Le había dado la mano el director! ¡Humberto Grieve, el mejor de todos los del primer año!

En la dicotomía dominio y dependencia que divide los bandos, es notoria la clasificación de los personajes de la escuela: de un lado, los adultos representados por el profesor y el director, muy conscientes de su función autoritaria (pero cuyas potestades son administradas por Humberto Grieve y, en última instancia, por su padre). por otro lado está el grupo de niños que muestra solidaridad con Paco Yunque, víctima directa del sistema. Humberto Grieve pareciera no tener lugar en esta escisión, si no actuara como enlace entre la alienación adulta comprometida con el poder económico y la desinteresada ingenuidad infantil. Dibujado con trazos gruesos, el niño Humberto se erige como un sujeto

potencialmente adulto y representante de su clase social. Procede con doblez y violencia, responde a las preguntas del profesor “con gran desenfado”, habla “imperiosamente”, se pone “colorado de cólera” y repite con insistencia su argumento más poderoso y mezquino: “Mi papá [...] tiene bastante plata para comprar todo”.

Paco Yunque aparece desde el inicio como un niño arrojado a un medio desconocido —la escuela— y sujeto a presiones sensoriales que le producen estados de desamparo y temor: “Paco estaba con miedo”; “... estaba asordado”; “no podía oír nada”; “Paco se pegó más a la pared y se puso colorado”; “Al entrar al salón, se puso pálido”; “Un remolino se le hacía la cabeza”; “Paco seguía muy aturdido”; “estaba aturdido y se dejaba jalar como un trapo...”; “Paco Yunque tenía ahora más miedo”. Esta parálisis instintiva del inicio encuentra, a medida que avanza la historia, una salida de carácter reflexivo en la que el protagonista adquiere conciencia crítica: “¡Qué cosa extraña era estar en el colegio! Paco Yunque empezaba a volver un poco de su aturdimiento. Pensó en su casa y en su mamá”; “¿Por qué el niño Humberto era así con él?... y si el niño Humberto le pegaba, se lo diría al profesor. Pero el profesor no le hacía nada al niño Humberto...”; “¿Quién era el profesor? ¿Por qué era tan serio y daba miedo? Yunque seguía mirándolo. No era el profesor igual a su papá ni al señor Grieve. Más bien se parecía a otros señores que venían a su casa y hablaban con el patrón”. Se trata de un progresivo conocimiento racional que enfatiza su condición de segregado, por lo que al final del relato nos deja la imagen humilla-

da y sufriente de un Paco Yunque "llorando agachado", plenamente consciente, ante el consuelo inútil que le ofrece Paco Fariña.

Con pocos rasgos, Paco Fariña configura un personaje sorprendente. Es el compañero de carpeta asignado a Paco Yunque, tiene su misma edad y es quien hace rápidamente migas con el recién llegado. No sabremos más de él que el comportamiento que exhibe en el aula, sobre todo en relación directa con Paco Yunque; nos basta, sin embargo, para suponer que con él se incorpora una categoría cara al psicoanálisis: el *otro*, el sujeto que se constituye en torno al reconocimiento de una imagen ajena. Podríamos afirmar que Paco Yunque y Paco Fariña son dos mitades de una misma esfera: el primero de tendencia subjetiva, de abstracciones y actividad reflexiva diferida hasta la pasividad; mientras que el segundo aparece marcado por la realidad objetiva y la reacción espontánea.

Opuestos y complementarios, ambos asumen las situaciones de injusticia como una unidad escindida. El *yo* resignado y dolido de Yunque encuentra su canal de expresión y reclamo en el papel del *otro* que cumple Fariña. Observado así, no es fortuita la elección de nombres idénticos y de apellidos simbólicos, cuya carga política es significativa: Yunque no es solo un bloque de hierro que recibe golpes —exacto significado para el personaje—, sino además el trabajo manual realizado a fuerza de martillo y esta herramienta nos lleva a la insignia bolchevique del proletariado industrial. Y Fariña nos remite semánticamente a harina: polvo de trigo, faena en el campo, herramientas de labranza. Es decir:

la hoz y el martillo, unidad comunista entre trabajadores del campo y de la ciudad. Por eso cuando Paco Yunque se ve afectado por el maltrato, un Fariña complementario y resuelto eleva su voz de protesta:

—No le castigan porque su papá es rico. Le voy a decir a mi mamá...

El profesor le oyó y se plantó enojado delante de Fariña y le dijo en alta voz.

—¿Qué está usted diciendo? Humberto Grieve es un buen alumno. No miente nunca. No molesta a nadie. Por eso no lo castigo. Aquí todos los niños son iguales, los hijos de ricos y los hijos de pobres. Yo los castigo, aunque sean hijos de ricos. Como usted vuelva a decir lo que está diciendo del padre de Grieve, le pondré dos horas de reclusión. ¿Me ha oído usted?

Observar el desenvolvimiento de las modulaciones que presenta la conducta del profesor es sumamente ilustrativo en el esquema dicotómico. Al principio aparece con rasgos firmes y sin matices, no es más que una autoridad convencional: "El profesor volvió a su pupitre y, después de echar una mirada muy seria sobre todos los alumnos, dijo con voz de militar: ¡Siéntense!"; "El profesor dejó de escribir y preguntó con voz enérgica". En el curso del relato esta imagen inflexible y sin fisuras empieza a mostrar los resquicios de una autoridad servil y, acaso, indeseada por él mismo. El narrador provoca situaciones concretas donde la equidad exige una conducta firme y responsable por parte del profesor, pero su mala conciencia lo debilita y desmoraliza.

En tres ocasiones de conflicto generadas por Humberto Grieve, cuyo rechazo del grupo de niños es ensordecedor, el profesor no atina sino a mostrar la brutalidad de su carácter y opta por dar un puñetazo en el pupitre, ordenar silencio y dar la espalda al salón. Considero que uno de los recursos más destacados para revelar esta estructura de injusticia es cuando el narrador nos presenta dos escenas por contraste: la tardanza caprichosa de Humberto Grieve frente a la de Antonio Geldres, hijo de un albañil, con la madre enferma y un hermanito que cuidar. El profesor, "muy serio", solo sanciona al alumno Geldres. El narrador ha apelado a un procedimiento dialéctico cuya finalidad es producir la inferencia del lector y su consecuente indignación.

Los escenarios del cuento se alternan entre el patio y el aula del colegio, con el agregado de las imágenes evocadas por Paco Yunque de su comunidad y de la casa de los Grieve. El contrapunto inicial de colegio y campo pondrá ante el protagonista la evidencia de dos realidades culturales distintas:

[...] en el campo no oyó nunca sonar tantas voces de personas a la vez. En el campo hablaba primero uno, después otro, después otro y después otro. A veces oyó hablar hasta cuatro o cinco personas juntas. Era su padre, su madre, don José, el cojo Anselmo y la Tomasa. Con las gallinas eran más. Y más todavía con la acequia, cuando crecía...

Pero no. Eso no era ya voz de personas, sino otro ruido, muy diferente. Y ahora sí esto del colegio era una bulla fuerte, de muchos.

Más adelante, en el recuerdo inmediato de Paco Yunque al evocar su situación en casa de los Grieve, él presentará que el espíritu del colegio reproduce fuera de las aulas una estructura más compleja y trascendente: la sociedad peruana.

### **"El vencedor"**

Es un cuento casi desconocido, que apareció recién publicado en el libro *Novelas y cuentos completos*, en 1967.<sup>2</sup> Fue compuesto años después de "Paco Yunque" y su argumento más que emparentado parece haberse desprendido de aquel relato. "Un incidente de manos en el recreo, llevó a dos niños a romperse los dientes a la salida de la escuela"; a partir de este comienzo sobresaliente que engancha al lector, la historia delinea un círculo argumental que concentra su atención en dos contrincantes "más o menos de la misma edad", enfrentados con "recíproco desprecio" y "fragorosa rivalidad": Juncos, muy pobre y descalzo, y Cancio, hijo de buena familia y bien vestido. Pertenecientes a estratos sociales antagónicos, ambos chicos se lían a golpes con la enérgica tensión narrativa que suscita una trompeadera, ganando Juncos, quien había "estado muy castigado y parecía

2 Vallejo, César (1967). *Novelas y cuentos completos*. Edición de Georgette de Vallejo. Lima: Francisco Moncloa Editores. Además de "El vencedor", ofrece los cuentos inéditos "El niño del carrizo" y "Viaje alrededor del porvenir".

que iba a doblar pico". Sin embargo, el cuento concluye mostrando curiosamente a un vencedor avergonzado de su propio triunfo, cabizbajo, llorando en un "poyo del sendero".

La semejanza que corresponde señalar enseguida —otros aspectos serán expuestos posteriormente—, son los extremos de dicha curva argumental (principio y fin) que sugieren haber sido desgajados del cuento "Paco Yunque" como una posible variante. No insinúo que Vallejo planeara modificar *ex post* el cuento primero, pues aunque ambos poseen notorios puntos de contacto son indiscutiblemente autónomos. Creo más bien en la idea de que "Paco Yunque" ha servido de germen para desarrollar "El vencedor" y ofrecer un desenlace distinto. Recordemos que cuando Humberto Grieve somete a Paco Yunque a jugar el melo, en el recreo, es Paco Fariña quien sale del ruedo de alumnos y se enfrenta virilmente al niño Humberto. Pronto la situación deriva en un conato de pelea entre ambos y degenera en una gresca general. Advirtamos cómo se produce una serie de furiosos empujones de parte de los chicos mayores, en una secuencia que grafica la estructura de poder que obedece al mundo de los adultos.

En aquel enredo violento del todos contra todos no se salva el honor individual; bajo el código masculino de la escuela, eso debe saldarse a la salida y de a dos. En "Paco Yunque" aquella trifulca se interrumpe por la campana, sin triunfo ni derrota para nadie; es entonces cuando se inicia el arreglo de cuentas en "El vencedor". El nudo de conflicto en "Paco Yunque" tiene una naturaleza esencialmente social y su desarrollo es algo

esquemático, ahora en "El vencedor" la voz narrativa necesita manejar la historia con mayor destreza y sagacidad psicológica, pues se persigue un efecto más abstracto y sorprendente: una reflexión ética.

Aunque los finales de ambos cuentos son muy distintos en una primera impresión, el lector descubre pronto que aun ganando la pelea en "El vencedor", Juncos no conseguirá modificar la realidad que lo discrimina. En el terreno fáctico será tan perdedor como lo son Paco Yunque y Paco Fariña ante las iniquidades del sistema, representado por Humberto Grieve. Es verdad que Juncos gana el combate frente a Cancio, un enemigo de su clase social, pero termina solo y desmoralizado ante la inutilidad de ese triunfo. Él parece comprender que su victoria es una ilusión personal que nada altera y que terminará disolviéndose en una derrota social.

El punto de vista del narrador es mucho más sutil y movedizo que el narrador avasallante y entrometido que conduce el relato de "Paco Yunque". Es posible establecer tres momentos narrativos: uno al comienzo y otro al final del cuento, que provienen de un narrador evocativo, no necesariamente vivencial, que expone los sucesos con mesura y objetividad. Releamos algunas líneas de los párrafos iniciales y terminales, respectivamente; adviértase la mirada impersonal con respecto a los personajes y al grupo:

Gran número de muchachos, con los libros al brazo, discutían acaloradamente, haciendo un redondel en cuyo centro estaban, en extremos opuestos, los contrincantes...

Ambos sonreían... se miraban echándose los convexos pechos...

[...]

El grupo de pequeños avanzaba, de vuelta a la aldea, entre las pencas del camino. Hablaban poco y a media voz, con una entonación adolorida. Hasta Juncos... estaba triste. Se apartó de todos y fue a sentarse en un poyo del sendero. Nadie le hizo caso. Le veían de lejos, con extrañeza...

En un tercer momento, que corresponde a los pasajes centrales del cuento, el narrador encarna manifiestamente a uno de los personajes que forma parte del grupo de chicos que acompaña a los rivales; es, por lo tanto, un narrador testigo, con sus sentimientos en juego, que parece recordar un acontecimiento lejano de su infancia. Esta condición diferida dificulta fijar las voces narrativas que hemos señalado:

Leonidas y yo íbamos muy atrás. Leonidas estaba demudado y le castañeteaban los dientes.

—¿Vamos quedándonos? —le dije.

—Bueno —me respondió—. ¿Pero si le pegan a Juncos?

Todos le rodeaban lacerados, prodigándole palabras fraternales. También yo le seguía de cerca, tratando de verle el rostro. ¡Cómo le habían pegado!

Los dos puntos de vista tienen una clara diferencia: el narrador testigo no oculta sus sentimientos, que también se muestran cambiantes. La evidente preocupación inicial compartida con su amigo Leonidas, ante la pregunta que él le formula: "¿Pero

si le pegan a Juncos?" es enseguida explícita en la afirmación del narrador: "Cancio empezó a despertar mi simpatía". Más adelante, en el momento de mayor tensión del cuento, la mirada emocional del narrador es determinante para el efecto que busca producir el desenlace. Ahora la complicidad sentimental con Juncos ha nacido de la pena por el muchacho pobrísimo:

Al verle trajeado de harapos, con su sombrero de payaso, el desgarrón de la rodilla y sus pequeños pies desnudos... me dolió el corazón. Al reanudarse la pelea, di una vuelta y me pasé a los suyos.

[...]

Juncos hizo un ademán significativo. El verdor de las venas de su arañado cuello, palideció ligeramente. Entonces le di la voz con todas mis fuerzas:

—¡Entra, Juncos! ¡Pégale duro!

Le poseyó al muchacho un súbito coraje. Puso un feroz puñetazo en la cara del inminente vencedor y le derribó al suelo.

Los personajes son básicamente cuatro. Los adversarios: Juncos y Cancio; Leonidas y el narrador testigo cuyo nombre no se revela. En torno a ellos gira el grupo de compañeros, la fugaz presencia de una anciana y la alusión al profesor como autoridad que puede virtualmente impedir la pelea. El narrador se refiere a los estudiantes como niños, pequeños o muchachos y "mocito" en la voz de una anciana que increpa a uno del grupo. Estas referencias tienden a delimitar la edad de los participantes, algo mayores que en "Paco Yunque" y eso define mejor una conducta que reniega de la autoridad escolar

—el maestro— y opta por una actitud más adolescente.

A Juncos se le describe objetivamente y con minuciosidad: “descalzo y pobremente vestido”; “Más bien escueto y cetrino.... Sus pies desnudos mostraban los talones rajados. El pantalón de balleta blanca, andrajoso y desgarrado a la altura de la rodilla izquierda. Tocaba su cabeza alborotada un grueso e informe sombrero de lana”. Es el retrato de un chico campesino muy humilde, a quien se le atribuyen algunas peculiaridades de carácter: “de sabroso genio pendenciero” / “humilde granuja” que contrarrestan con la descripción amable que se hace de Cancio: él “era un niño decente, hijo de buena familia... Tenía los zapatos nuevos”; “Era inteligente y noble. Nunca buscó camorra a nadie”, sin embargo se agrega un elemento que corresponde al sello de clase y que es un gesto notorio en la personalidad de Humberto Grieve: “Se mordía el labio superior con altivez y cólera de adulto”. Si Cancio guarda alguna afinidad con el niño Humberto, no es arbitrario encontrar semejanza entre Juncos y Fariña, de modo que estaríamos nuevamente frente a una situación de enfrentamiento social.

El grupo mantiene su anonimato en el montón y es nombrado por el narrador como “tumulto” y “tropel”. Como en el relato “Paco Yunque”, el conjunto de estudiantes reparte también sus simpatías a lo largo de la gresca hacia uno y otro de los adversarios, salvo al

final en que todos “lacerados” rinden su apoyo a Cancio, “prodigándole palabras fraternales”. Tampoco creo arbitrario señalar esta circunstancia como análoga al aprecio general que despierta Humberto Grieve en la escena final; ni la relación que tiene el narrador testigo con Leonidas —cercana a la de Yunque y Fariña—, cuyas conductas opuestas se definen por la reserva e introversión de uno, frente a la expresividad del otro, quien llega a moverse “nerviosamente, ajustándose a los trances de la lucha” e incluso se atreve a defender a Cancio en momentos de apremio.

El escenario es abierto, desplazándose de los extramuros del colegio —donde el riesgo de ser descubiertos es inminente— al llamado “cerrillo”, un lugar alejado en las laderas de un cerro de la campiña. Allí el espacio no se rige por las normas del colegio, como en “Paco Yunque”, sino con el código propio y brutal de los adolescentes. Nos resta una observación al lenguaje, que se muestra más dúctil y flexible que en “Paco Yunque”, a pesar de la prosa recia que exige un relato violento. El tono es sombrío y pulsátil, en el que reconocemos la raigambre vallejana en algunas frases cercanas a su poesía, como cuando expresa: “Crujió un despecho en alto” u “obligando a Juncos a rematar su círculo nervioso...”, que no hacen sino apretar más la textura de un relato doliente y subversivo, aunque rendido finalmente a la iniquidad de un sistema.